

EN EL RECONOCIMIENTO DEL AMOR

In recognition of love

Luis Ramírez Aguirre*

Resumen

El artículo, como su título lo sugiere, presenta algunas ideas sobre el gran tema del amor, considerable como la dimensión más fundamental de la humanidad del hombre. Fundacional por excelencia, él se halla en el origen de la existencia personal, en el centro de su despliegue, y en lo esencial de la configuración de su sentido y destino. En su presencia, el amor definirá existencialmente la vida del hombre como saludable; en su ausencia, la inducirá a la desviación psicopatológica. En el breve trabajo que presentamos aquí, nos ocupamos sobre todo de algunas de las cualidades que distinguen su autenticidad, para luego hacer ciertas consideraciones en torno a su encuadre existencial, y finalizar abordando el punto referido a la relación “entorno-amor a sí mismo-amor a los otros”.

Palabras clave: Amor, persona, humanidad, desarrollo, autenticidad.

Abstract

This article, as its title suggests, present some ideas about the great theme of love, significant as the most fundamental dimension of man's humanity. Founding par excellence, it is found in the origin of personal existence, in the center of its deployment and the essence of its meaning and destination setting. In its presence, love will define existentially the man's life as healthy; in its absence, it will be induced to the psychopathology deviation. In this brief work, we primarily deal with some of the qualities that distinguish its authenticity, and then make some considerations regarding its existential frame and finish by addressing to the point referred to the relationship “environment-self-love - love towards others”.

Keywords: Love, people, humanity, development, authenticity.

* Licenciado en Psicología, Licenciado en Filosofía, Licenciado en Educación, Abogado, Doctor en Derecho. Diplomado en Teología. ramirez.le1@pucp.edu.pe; lramirezaguirre@yahoo.com

EN TORNO A LA NOCIÓN DE AMOR¹

Se suele vislumbrar la presencia de un fondo de amor cuando las personas muestran generosidad y desprendimiento con otras, en especial, si éstas están necesitadas de cooperación. Y cuanto más intensas se revelen aquellas cualidades, entenderemos por allí la presencia de un más grande amor, que estaremos prontos a reconocer si, en su mayor intensidad, aquellas muestras de generosidad y desprendimiento tendieran a permanecer, más todavía si a permanecer en circunstancias considerables como objetivamente desalentadoras. Mostrarse generosos y desprendidos bajo condiciones favorables puede no ser tan difícil; hacerlo en circunstancias desalentadoras, es ya otra cosa. Mientras todo va bien en uno mismo, convenientemente satisfecha la persona que (presumiblemente) ama, en lo que le es necesario, incluida ahí la disposición receptora, agradecida y gratificante del otro necesitado (o de su entorno), la propia conducta puede revestirse, sin mayor dificultad, de generosidad y desprendimiento, más aún si no se trata fundamentalmente de generosidad y desprendimiento que comprometa el propio ser, sino más bien de cosas que a este le son externas (cosas ligadas más bien al tener).

La dificultad tenderá a aparecer en la medida que la circunstancia sea personalmente desalentadora para el actor del posible gesto generoso y desprendido; cuando las propias necesidades, sobre todo las más fundamentales (las de supervivencia y desarrollo), se perciben amenazadas por la frustración o el conflicto, la generosidad y el desprendimiento suelen sufrir en sus posibilidades de despliegue, de extroversión, de manifestación abierta al mundo. Tenemos ahí un criterio para discernir la autenticidad y medida del amor: el que realmente ama más, está íntimamente dispuesto a sufrir la insatisfacción y el dolor, a negarse a sí mismo, en beneficio del ser amado, y a negarse por él siempre, no ocasionalmente, o en circunstancias

solo favorables, también en las desfavorables. El amor verdadero se insinúa así como una realidad con un cierto sentido esencial de duración (si se quiere, de eternidad), como una realidad sustancialmente trascendente, que se extiende más allá de los tiempos y espacios vividos de dolor y displacer, pero también de satisfacción y de goce.

El amor, en la integridad de lo que representa, vida que se hace vida para los demás, existencia que se ofrece como posibilidad de realización para el otro, no queda atrapado pues en las circunstancias, ni tampoco en las formas, bajo las cuales se hubiese revelado. Por su dinamismo inherente el amor genuino busca encarnarse en la realidad del objeto de su amor y hacerse alimento verdadero para él, motivo auténtico de satisfacción, oportunidad de plenitud; y busca de serlo siempre, y de un modo renovado cada vez mejor; y esto, como diría la Madre Teresa de Calcuta, aunque duela: “No amemos sólo de palabra; amemos hasta que nos duela” (Hunt, 1997, p. 198).

Será precisamente el dolor de renunciar a posibilidades significativas de satisfacción y placer personales, indicación privilegiada de amor al otro. Indicación necesaria a considerar, sin embargo, indicación insuficiente, porque pueden las personas, en el fondo, exponerse al dolor de la renuncia, no, finalmente, por amor al otro, sino por una suerte de amor narcisista, amor a sí mismo, sobre todo *primariamente* autodefensivo, en el que el otro, con sus verdaderas necesidades e intereses, no es tomado objetiva y centralmente en cuenta, siendo el objeto prevalente de interés uno mismo y el deseo de satisfacer necesidades propias aún insatisfechas². En estos casos los otros serán, básicamente, pretexto para lograr, con ocasión de la relación (de apariencia altruista) con ellos, determinadas gratificaciones (por ejemplo, gratitud, afecto, poder, control, reconocimiento social).

-
1. Profundas reflexiones sobre el amor, en *Humanité de l'homme, divinité de Dieu*, de Antoine Vergote (2006), en especial en el punto 4 (de la primera parte), “Aimer par désir, désirer par amour”, pp. 71-93.
 2. Ver, desde la óptica psicoanalítica, la *Introducción al narcisismo* de Sigmund Freud (1914/1948).
 3. En su obra *Psicoanálisis del amor*, Ignace Lepp (1960) trata sobre la “Compleja realidad del amor”. Capítulo primero, punto IV, pp. 30-32.

La renuncia referida, no siendo pues por sí misma crédito absoluto del (más grande) amor genuino por el otro, nos lleva a considerar la conveniencia de indagar acerca de si el comportamiento que en apariencia lo manifiesta, se halla caracterizado además por la concurrencia de algunas otras cualidades humanamente muy representativas, en cuyo caso podría darse ya por confirmada su autenticidad³.

Destacamos así, entre otras cualidades de ese verdadero amor, la consistencia e incondicionalidad, el perdón y la reconciliación, la exigencia de perfección, el sentido de autonomía y libertad, la íntima satisfacción por el éxito del otro, la visión integral del objeto de amor, la percepción realista de este objeto, la perspectiva de futuro en el amor al otro, la gratitud.

EL AMOR AUTÉNTICO ES CONSISTENTE E INCONDICIONAL

La estructura que le es subyacente, que lo configura profundamente y sostiene, refuerza en él su sentido de trascendencia, haciéndolo cada vez más capaz de estar constructivamente por *encima* de las contingencias, revelándose así como esencialmente incondicional: sean las circunstancias favorables o desfavorables, y la conducta del ser amado apropiada o inapropiada, el amor del que ama verdaderamente se mantiene, en lo esencial, inmodificado. Él estará siempre allí; aún más, estará allí tendiendo a crecer, en forma que podrá ser más o menos manifiesta o encubierta, clara o velada.

EL PERDÓN Y LA RECONCILIACIÓN

La incondicionalidad arriba aludida se halla intrínsecamente asociada a otra cualidad, sin la cual aquella (incondicionalidad) no podría cumplirse a plenitud: nos referimos a un cierto espíritu de perdón *pro* (y) *reconciliador*. Si las injusticias sufridas -de distinta naturaleza, formas, intensidad y persistencia- no fuesen realmente perdonadas por la víctima, esta continuará prolongando su condición de tal, de víctima, dando lugar en ella a una suerte de dependencia subjetiva *patologizada*: maltratado por el ofensor, con un maltrato que hiere su vida interior, mostrándolo así, ante sí mismo, como vulnerable, el ofendido, resistente a perdonar, en la medida de su resistencia, al detenerse en el maltrato, *esperando* y *buscando* una circunstancia de reivindicación que

le resulte subjetivamente aceptable (asociada ésta con frecuencia, al deseo y fantasía de una acción de represalia o retribución simétrica), habrá de quedar, frente al otro, al ofensor, como paralizado, en lo que concierne a la revelación de sus posibilidades (afectadas) de amor.

En otras palabras, mientras el sujeto pasivo de una ofensa (en el contexto de una relación de amor) no alcance a neutralizar y superar ésta en su propia subjetividad, no logrará la libertad interior que se requiere para vivir y expresar a plenitud el amor que, en el fondo, pudiese albergar por el sujeto ofensor. En este sentido, el perdón, reconciliador por excelencia, en tanto restablece la armonía intrasubjetiva en el ofendido, y su disposición más adecuada frente al ofensor, libera en él (en el ofendido) el amor que experimenta por éste (ofensor), haciendo real y manifiesto el cumplimiento de la incondicionalidad esencial del amor.

EL AMOR Y SU EXIGENCIA DE PERFECCIÓN

El que ama no desea el estancamiento humano del ser amado, la paralización de su existencia; todo lo contrario, espera y desea su expansión y desarrollo, cooperando a que esto se haga realidad. Más aún, el que ama tiende, en ese sentido, a mostrarse progresivamente exigente, conforme crece la relación de amor: aunque contento con los logros parciales alcanzados por el ser amado, no los ve como la culminación del proceso de su realización: en la medida de su amor, el que ama anhela promover en el ser amado una actitud de actualización constante, y sabrá hacerlo según le corresponda, en pleno respeto y consideración de la dignidad, libertad, posibilidades y necesidades reales de su "objeto" de amor.

Una antigua experiencia suele acompañar, como una de sus motivaciones, la aludida exigencia de perfección en el amor: el que ama verdaderamente, en la medida que vivió la experiencia de sentimientos de bienestar, armonía y paz, de tranquilidad y goce interior, de unidad y consistencia, conforme avanzaba en el proceso de su autorrealización, en esa medida, él promoverá, consciente e inconscientemente, este proceso: el que realmente ama, desea y busca la superación auténticamente humana del ser amado y, con ello, la posibilidad de su mayor bienestar.

LA PROMOCIÓN DE LA AUTONOMÍA Y LIBERTAD DEL SER AMADO

El amor genuino al otro no puede tener lugar mientras no se le reconozca y respete como persona, como un ser esencialmente capaz de autonomía y libertad, que aspira y busca autorealizarse. Este es un lugar común a los hombres, espiritual y psicológicamente. El que verdaderamente ama no promueve la esclavitud, el sojuzgamiento, la subordinación sin más del ser que se dice amar. Él no adopta formas de conducta que nieguen la capacidad de autodeterminación del otro. En todo caso, este otro, en tanto persona, que necesita ser agente activo de su propio destino, tenderá a resistirse y oponerse, en los tiempos y en las formas que perciba adecuados, a los intentos de dominio y manipulación de que pudiera ser objeto.

El sometimiento, acompañado de una cierta conformidad observable en unos frente a otros, en el marco de supuestas relaciones de amor, no deberá entenderse pues como un estado ontopsicológico definitivo, como la situación y condición de vida finalmente deseadas, como la modalidad de existencia más íntimamente aspirada. Por atrayentes que sean las gratificaciones (compensatorias) vividas en aquellas circunstancias, ellas no anularán la exigencia (inherente) del ser humano de desplegar su propia onticidad, de ser el protagonista (principal) en su propia vida, el agente constructor decisivo de su propio destino.

LA ÍNTIMA SATISFACCIÓN POR EL ÉXITO DEL OTRO

En el contexto de la relación de amor nada resulta más gratificante para el ser que ama, que el éxito que el ser amado pueda alcanzar en su búsqueda de autorrealización. Los logros y satisfacciones vividos por el otro, en ese contexto, son percibidos por el que ama, como propios: el que ama y ha experimentado el goce de los avances logrados en su propio desarrollo, aspira y desea, en la medida de su amor, el desarrollo, y goce correspondiente, de la persona amada. Al punto que se puede decir que, abierto existencialmente al otro por amor, el que ama no podrá dejar de gozar con el goce *consistente* del ser amado (goce enraizado en el despliegue auténticamente constructivo de sus propias posibilidades). Pudiendo esta implicancia asumirse

como criterio muy significativo en la medición y valoración del amor.

LA VISIÓN INTEGRAL DEL “OBJETO” DE AMOR

El que ama, en la medida de su amor, tiende a percibir al ser amado como una realidad integrada, en la que sus diferentes componentes son vistos como constitutivos de un único ser. De este modo, cada parte es reconocida, vivenciada y valorada no como algo aislado, separado, sino más bien como un aspecto de una única y amada realidad. El que ama tenderá así, progresivamente, a *cuidar* y *alimentar* al otro en la totalidad de lo que el otro es. Por lo demás, el que ama, al haber vivido en su propia historia la experiencia gratificante de ser atendido en distintas necesidades e intereses, habrá de desear ahora que una experiencia semejante (si es posible, más intensa y englobante) sea vivida por el ser amado.

En ese sentido, las diversas atenciones y gestos, delicadezas y detalles en las relaciones de amor, en tanto expresan intenciones y deseos de satisfacer distintas necesidades e intereses del ser amado, se pueden entender, en principio, como expresión de la visión integral o pro-integral que se tiene de éste. Siendo el ser amado una realidad global, no hay nada de él que nos resulte indiferente.

PERCEPCIÓN REALISTA EN LAS RELACIONES DE AMOR

El que ama tiende a conocer a la persona que ama en lo que ella es, en su realidad, en su *mismidad*, de modo de poderla comprender, y así poderla servir y hacerle todo el bien posible. Luego evitará, cada vez más, conforme se acrecienta su amor, tener una visión del *otro*, de aquel al que siente amar, sobre la base de elaboraciones fantasiosas que *desfiguren la realidad* de las necesidades y posibilidades de éste, percibiéndolas no de acuerdo a la verdad de las cosas, sino más bien según los propios deseos e intereses conscientes o inconscientes. El que ama, conforme desarrolla su amor, logra caer en la cuenta, de algún modo, que la fantasía, en la medida que oculta la realidad de las cosas, obstaculiza el servir óptimamente al ser amado.

Complementariamente, se puede decir también que el ser que ama, en la medida que gozó con el respeto y cuidado de los otros por lo que él era en realidad, tenderá a promover que el ser amado viva el gozo de una experiencia similar.

LA PERSPECTIVA DE FUTURO EN EL AMOR AL OTRO

En las relaciones auténticas de amor, el que ama, si bien se halla comúnmente concentrado en el día a día, como el modo habitual de poder captar y luego atender convenientemente las reales necesidades e intereses del ser amado, precisamente por ese sentido (altruista) de generosa responsabilidad, él tenderá a *proyectar* en el *espacio temporal* su propia conducta, en particular si asociada a los valores superiores de lo humano, pues el que ama no desea que sus acciones perjudiquen en el futuro a la persona amada; por el contrario, él desea que ellas, finalmente, la favorezcan en todo. Así, el que ama no verá solo los efectos inmediatos de su comportamiento; proyectándose al futuro, en la medida que le sea posible, evitará acciones con implicancias real y definitivamente negativas, ejecutando más bien aquellas otras (acciones) de influencias positivas a mediano o largo plazo, aún cuando los efectos inmediatos de éstas pudiesen ser desagradables o, aún, dolorosos.

EL SENTIDO DE GRATITUD EN LAS RELACIONES DE AMOR

No hay amor sin espíritu de gratitud. El que ama, en la medida de su amor, se halla existencialmente dispuesto a ser con el ser amado, no solo en el sentido de la entrega, de la donación, de la puesta al servicio, sino también en el sentido del reconocimiento y gratitud por la disposición activa del *otro* a ser con *uno*. En el amor, entrega y recepción son dos aspectos de una misma esencial realidad: el que ama goza con el gozo del ser amado por el bien a él causado, y goza asimismo con el bien de él recibido. En el fondo, el que ama vive intensamente la expectativa de amar a quien es capaz de amor, capaz de reconocer y gozar con el amor y los bienes que a él se ofrecen, y capaz asimismo de ofrecerlos con gozo a quien a él lo ama. El que ama, en la medida de su amor, vivirá el deseo de una “*plena*” comunión con el ser amado.

En la gratitud, el sujeto, beneficiado con algún bien, se muestra (esencialmente) digno y capaz de recibirlo, digno y capaz de reconocer, asimilar y aprovechar el bien que le fuera ofrecido, y de reconocer como benefactor al que se lo ofreció. De ese modo, un vínculo interpersonal eficazmente constructivo, entre uno y otro, se habrá establecido o se verá reforzado, favoreciéndose así la posibilidad de una auténtica relación de amor.

EN TORNO AL ENCUADRE EXISTENCIAL DEL AMOR

La profunda aspiración a un desarrollo personal propiamente humano; la firme y clara conciencia de hallarse, en cuanto al hecho de amar, ante un horizonte de despliegue posible de la propia onticidad realmente trascendente; la íntima convicción de que el sentido de la propia existencia no se consuma a plenitud al interior de una individualidad ajena al interés real por los demás; la exigencia, conscientemente reconocida, de un desarrollo integral impensable desde fuera del *trascender*, son, entre otras, algunas de las condiciones *marco* que inducen, orientan y refuerzan en la persona, la *disposición* a un contacto abierto, realista y generoso con los otros -contacto progresivamente ascendente, en lo propiamente humano-, que le permitirá percibir las verdaderas posibilidades y necesidades de estos (otros), al menos en lo esencial, hacerse capaz de una saludable identificación con ellos, y poder vivir la satisfacción de hacerles entrega de bienes personalmente deseados o necesitados -aún de la propia vida-, y a hacerlo con disposición y determinación razonablemente esclarecidas en sus motivos e implicancias.

A lo que hay que agregar, *reiterando*, el hecho de la influencia de una condición que progresivamente habrá de influir de modo englobante en la persona: si la persona se identifica amplia y satisfactoriamente con su propia realidad de posibilidades y necesidades, por haber desarrollado respecto de esta realidad, la conciencia y valoración necesarias, la inquietud positiva de su realización y despliegue, y la convicción de lo atendible que son sus necesidades fundamentales, (ella) se dispondrá a reconocer con razonable amplitud las posibilidades y necesidades reales del otro (reconocible como “*uno como yo*”), identificarse con éste y renunciar por amor a bienes que este otro pudiera requerir.

El amor, primariamente centrado en uno mismo, pero naturalmente ascendente en lo propiamente humano y social, va mostrando así una apertura y un sentido relacional cada vez más amplio y manifiesto, que habrá de predisponer a la persona a una cierta (creciente) responsabilidad por el cuidado de la humanidad tanto propia como ajena.

El que ama va desarrollando conciencia de la dignidad, grandeza y valor de la humanidad que lo constituye como persona, lo asemeja a otros como él, y lo diferencia de las otras categorías de vivientes. Desarrollo que lo habrá de estimular a vivir de un modo cada vez más comprometido con la protección de esa humanidad vivenciada como propia y compartida.

Descubierta la humanidad como lo maravillosamente distintivo del propio ser, y esta misma humanidad como lo esencialmente distintivo de todos los otros seres semejantes a uno, el amor saludable a sí mismo irá favoreciendo el tránsito al amor del prójimo. Por lo cual, el que se ama constructivamente tenderá a desarrollar, poco a poco, un estilo, un modo de ser, de interés y cuidado por la humanidad en general.

El amor genuino propende, pues, a extenderse, a hacerse universal, a *crecer sin límites*: él tiende lentamente a no hacer excepción de personas, a construir puentes de contacto e integración con todos. Y él tiende a esto, porque él (el amor) es finalmente la esencia, lo más fundamental de la humanidad del hombre.

En ese sentido se debe reconocer que en el proyecto ontopsicológico de desarrollo del amor nadie queda excluido: toda persona se halla invitada así, en el fondo, por su propia naturaleza, a amar, y a amar, finalmente, sin discriminación. Condición ésta que se irá actualizando bajo la influencia progresiva de circunstancias eficazmente desinhibidoras: circunstancias intrínsecamente apropiadas de estimulación harán a la persona más capaz de vivir y manifestar el amor a una humanidad más extendida, y a hacerlo con objetivo y creciente respeto a sus reales necesidades e intereses.

Inevitablemente va descubriendo el hombre, en su lenta y conflictiva evolución, una íntima autoexigencia de despliegue ontológico, que se va manifestando a través de los años, sin que él logre identificar con total precisión la integridad de lo que ella representa, ni las formas y circunstancias más adecuadas para su realización⁴. Autoexigencia asociada, por lo demás, en lo esencial y más fundamental, a la dimensión del amor. Siendo el amor la esencia y fundamento de la humanidad del hombre, podemos entonces entender que la autoexigencia que este vive de desplegar su onticidad, es por excelencia autoexigencia de desplegar su condición de ser capaz de amor (ser capaz de amar y ser amado). Luego, la cuestión de *saber* y *poder* amar en concreto, es de la mayor trascendencia para la salud y la realización del hombre, que aspira naturalmente a su propia humanización y a la humanización de su entorno social, sobre todo de su entorno inmediato y cercano (aquel con el que mantiene constante y necesaria relación).

Lamentablemente, por la contingencia y finitud que lo atraviesan, el hombre no alcanza a resolver a plenitud aquel llamado existencial, el más profundo de su propia humanidad. Las propias y las ajenas limitaciones y debilidades lo irán envolviendo en un contexto relacional de frustraciones, conflictos y errores, que darán lugar en él a incertidumbres, indecisiones, miedos, compensaciones, y otras diversas formas de defensa, que retardarán, y perturbarán el desarrollo de su humanidad y, centralmente, de su capacidad de amar y ser amado.

ENTORNO, AMOR A SÍ MISMO, AMOR A LOS OTROS

El amor a los otros se va logrando y consolidando, en su configuración subjetivamente personalísima, sobre la base de la experiencia de amarse a sí mismo, revelándose de este modo el amor a uno mismo como fundamento del amor a los otros, como su condición esencial de posibilidad: en la medida y modo en los que la persona aprendió a amarse, en esa medida y modo, ella desarrollará su disposición y tendencia a amar a los otros, no siendo este proceso de aprendizaje ajeno al entorno, pues es, precisamente, este entorno,

4. San Agustín (1931) en su obra "Los XIII libros de las confesiones", específicamente en el Libro X, Capítulo V, punto 149, pp. 482-483, se ocupa del tema antropológicamente fundamental, asociable al aquí planteado: "Que el hombre no se conoce a sí mismo cabal y perfectamente". Condición de significativa repercusión en el desarrollo psíquico y comportamental.

especialmente el constituido por los padres, el que amando al hijo favorece en éste la activación adecuadamente orientada de su propia e inherente capacidad de amar⁵.

Por lo que, teniendo en cuenta la notoria influencia actualizadora y de moldeamiento del entorno en la formación básica de la capacidad de amar del hombre, y que el amor es lo más esencial y fundacional de éste (presente, en términos de afirmación o contradicción en todo lo propiamente humano que él hace), debemos reconocer el trascendente rol que él (el entorno) cumple en el devenir existencial humano, al punto de poder sostener que las características comportamentales que la persona muestre en el ejercicio de sus distintas capacidades, frente a los objetos a ellas vinculados, revelarán, de algún modo, entre otros aspectos, las orientaciones preferenciales, actitudes, necesidades e intereses puestos de manifiesto por aquel entorno, ante ella, especialmente en la niñez, y en lo concerniente a la dimensión del amor.

Ahora bien, el amor ofrecido por el entorno -y recibido por el niño-, en su aparente simplicidad, esconde, sin embargo -conviene remarcarlo-, una misteriosa complejidad. Él posee una estructura funcional básica, y un estilo de revelación, conforme a la personalidad del que ama, no pudiendo entenderse lo percibido de este amor por el niño, a nivel de la conciencia inmediata, como la plenitud de lo que él representa en la vida interior del que lo ofrece. La *plenitud* del amor donado, luego recibido por el niño, es algo que este descubrirá poco a poco.

Siendo las expresiones de amor manifestaciones de lo esencial de la humanidad del hombre, debemos entender que ellas constituyen, en sus diversas formas evolutivas de despliegue, una señal, y una suerte de síntesis de lo más fundamental de la persona posible realizada (por lo tanto, de su personalidad). Por lo que debemos esperar que su develación, en la diversidad de sus sentidos e implicancias, solo se vaya logrando por la persona que las recibe e interioriza, conforme ella avance en el proceso de su propio desarrollo.

Con cuánta frecuencia vienen a descubrir los hombres, luego de años (a veces, de décadas), el significado y el sentido de ciertas conductas parentales poco comprendidas o simplemente incomprendidas en su momento. Por lo que no deberá llamar la atención que en etapas *posteriores* del desarrollo humano surjan en los hijos (ahora mayores) sentidas expresiones de reconocimiento sobre algunas formas de actuar de los padres, otrora resistidas (sin que aquellas expresiones puedan reducirse conceptualmente, sin más, a simples idealizaciones defensivas inconscientemente determinadas).

Se puede avizorar así, en ese contexto, una de las razones profundas del por qué tienen lugar, a través del tiempo, ciertas modificaciones en las actitudes y conductas asociadas al ejercicio de nuestras capacidades, y a los objetos a ellas vinculados: la develación progresiva, y más amplia conciencia de lo que nos ofreciera (en el fondo) el entorno, en particular, los padres, condicionará nuevas formas de significar y relacionarnos con el mundo y las cosas, invitándonos ahora, tal vez, a acercamientos o evitamientos antes resistidos, o a realizarlos con mayor o menor intensidad.

Puede uno también preguntarse aquí: ¿no está acaso en la inteligencia emocional de los padres la *intuición* de aquella develación progresiva por parte de sus hijos, respecto de los sentidos y significaciones de las enseñanzas por ellos ofrecidas, cuando les dicen: “con el tiempo comprenderán”? Por lo demás, ¿acaso no tardan incluso siglos las sociedades humanas para entender mejor ciertos acontecimientos históricos? En todo caso hay que reconocer que la interpretación más realista, global y profunda del comportamiento, ajeno (en el más amplio sentido) y propio, se enriquece, en sus posibilidades, con el desarrollo humanamente adecuado del intérprete, y con el hecho que este haya logrado un nivel óptimo de experiencia sobre la realidad a interpretar.

Finalmente, debemos admitir que a pesar de la complejidad de la estructura funcional del amor,

5. Sobre las implicancias del amor de quien se ama auténticamente, nos dice Fromm (1959), refiriéndose a la madre: “Si se tiene la oportunidad de estudiar el efecto producido por una madre con genuino amor a sí misma, se ve que no hay nada que lleve más a un niño a la experiencia de lo que son la felicidad, el amor y la alegría, que el amor de una madre que se ama a sí misma” (pp. 66-67).

distintos rasgos pueden ser, inicialmente, identificados en él, incluso por el niño pequeño, en especial tratándose del amor tan cercano de la madre; así, por ejemplo, el niño logrará reconocer, progresivamente, en el amor que recibe, una cierta *orientación preferencial*, y lo hará en base a las características de duración, frecuencia, constancia, intensidad, etc., que muestren sus manifestaciones, en particular, frente a los propios comportamientos. Llamando la atención que este reconocimiento, básico, parcial y progresivo, pueda tener lugar no sólo en un contexto comunicacional saludable, abierto y constructivo, sino también en uno fenoménicamente confuso, ambiguo, y contradictorio, motivado intensamente por la inseguridad y la necesidad de defensa.

En todo caso, la develación más amplia posible de la riqueza de significación del amor que se recibe, y de su orientación preferencial, exige en la persona amada (receptora e intérprete) un “*óptimo*” desarrollo psíquico: el progresivo despliegue constructivo y consistente de las propias facultades cognoscitivas y afectivas -entre otras-, en el contexto de su “*inserción*” realista en el mundo fenoménico, le harán posible al sujeto, sobre la base referencial del autoconocimiento y del amor saludable de sí mismo, el poder comprender de un modo cada vez más “*integral*” el amor que le es ofrecido.

REFERENCIAS

- Freud, S. (1948). Introducción al narcisismo. En *Obras Completas* (Vol. 1, pp. 1075-1088). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Texto original publicado en 1914).
- Fromm, E. (1959). *El arte de amar*. Barcelona/Bs. As.: Paidós Ibérica/Paidós SAICF.
- Hunt, D. (1997). Amor. Un fruto siempre maduro. Madre Teresa (Trad. D. Placking de Salcedo). Buenos Aires: Atlántida S. A.
- Lepp, I. (1960). *Psicoanálisis del amor*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé.
- San Agustín (1931). *Los XIII libros de las confesiones* (2ª ed.) (Trad. P. Francisco Mier). Madrid: Apostolado de la Prensa, San Bernardo 7.
- Vergote, A. (2006). *Humanité de l'homme, divinité de Dieu* [Humanidad del hombre, divinidad de Dios]. Paris: Les Éditions du Cerf.

Fecha de recepción: 17 de febrero de 2012

Fecha de aceptación: 13 de julio de 2012